

La Comisión Arquidiocesana de Ecología o Defensa Ambiental: logros y desafíos

Comisión Arquidiocesana de Ecología o Defensa Ambiental
arquidiocesis.medioambiente@yahoo.com

Servicio Pastoral Universitaria
 Riobamba 1227 Capital
 4393-0137 / 4813-7416

Pbro. Dr. Gabriel F. Bautista
gfbautista@gmail.com

Resúmen

Se presenta la tarea realizada por la Comisión de Ecología o Defensa Ambiental en la Arquidiócesis de Buenos Aires. Se trata de apreciar los logros y los desafíos. Además, como fundamento de la acción pastoral, se revisan algunos aspectos teóricos, como ser una breve génesis de la instalación de la cuestión ecológica en el mundo actual, el sentido de la teología de la creación, problemas de ética ambiental, aspectos de la Doctrina Social de la Iglesia y cómo fue evolucionando y recepcionando la cuestión socio-ambiental. Se considera también el desafío de la problemática urbana como un aspecto ineludible de la cuestión ambiental, ya que Buenos Aires es una diócesis urbana. Finalmente, se presenta un ciclo de celebraciones que se llevan a cabo anualmente.

Esta Comisión comenzó a formar parte de la estructura pastoral de la Arquidiócesis de Buenos Aires hacia 1992, cuando tuvo lugar la cumbre de la ONU para el medio ambiente en Río de Janeiro, conocida como Río 92. Su propulsor y responsable fue el Sr. Fernando de Estrada. Hacia el 2004 fue asignado como responsable el P. Gabriel F. Bautista, sacerdote de la diócesis y el obispo referente es Joaquín Sucunza, vicario general de la arquidiócesis.



El logo que identifica a la Comisión es el cuadro de Rembrandt sobre el evangelio de Lucas 15, conocido como la parábola del retorno del hijo pródigo, porque despilfarró sus bienes en una tierra lejana y extraña. Nosotros como sociedad también despilfarramos nuestros bienes en una tierra lejana y extraña que nos aliena y cuando nos arrepentimos y decidimos volver al padre, el nos recibe con ternura y acoge nuevamente en nuestra casa. El lema está tomado del Compendio de la DSI, número 465, que dice que hay que promover el ambiente como casa y como recurso a favor del hombre y de todos los hombres. Que de eso se trata; de volver a nuestro hogar, que la tierra sea nuestra morada. Del estudio de la tierra como morada del hombre se ocupa la ecología y la política, cuya síntesis es la geografía, el estudio integrado del *oikos* y la *polis*.

1. Ecología y política

El vínculo que se fue gestando en los últimos cuarenta años entre ecología y política es uno de los modos de expresar la relación actual entre la sociedad y la naturaleza. Conviene decir que hoy por hoy la ecología es una ciencia, un valor, un movimiento social y hasta una forma de espiritualidad. Su gestación está ligada a la revolución industrial desde el siglo XIX y a la revolución cultural de los años 60. Pero su articulación como ecología política crítica hay que situarla en los años 70. Como tal, la ecología política es el desposorio de una palabra moderna acerca de la naturaleza o del *oikos*, acuñada por Haeckel en 1866, y una de la antigüedad clásica acerca de la sociedad o *polis*. La ecología política hace referencia a un contrato natural, el cual supone un derecho de tercera generación, que presupone y supera los de primera y segunda generación. Hoy en día se está hablando de un "contrato natural" análogo al "contrato social", la obra política de Jean-Jacques Rousseau, publicada en 1762. Examina cómo deben ser las relaciones de las instituciones para que el poder que ejercen sea legítimo, conforme al derecho. La Revolución Francesa de 1789 fue cristalizando estos derechos de primera generación en los albores de la modernidad. Luego, de manera vertiginosa, vinieron los de segunda generación, representados en la constitución del 50 como

el artículo 14 bis. El contrato natural está en relación con derechos de tercera generación, representados en la constitución del 94 en el artículo 41. Veremos cómo la Iglesia fue recepcionando en la DSI este proceso de relaciones entre las personas y de las personas con su entorno. Pero antes hay que repasar los dos ámbitos propios del quehacer humano, que son el del pensamiento y el de la acción. En el primero, hay que considerar la teología de la iglesia. En el segundo, las instituciones y cómo estas se van plasmando en acciones casi cotidianas.

Quizás haya llegado el momento de admitir, al menos como una metáfora que nos puede estimular, que todos los que habitamos este planeta somos como navegantes. La Tierra es la bella nave azul que nos porta a todos, aunque no todos tenemos la misma responsabilidad en el gobierno de esta nave. Es la metáfora que usó Kenneth Boulding en 1965, donde también convergió la mirada atónita del astronauta que fue el primero en ver la Tierra desde el espacio exterior como una unidad. Luego este ícono se repite hasta el cansancio. Lo vemos hasta en los envases de desodorante. Ya no hay continentes nuevos por descubrir. Tanto es así que la misma ciencia antropológica ha variado radicalmente su enfoque. Las etnografías contemporáneas son etnografías de grupos urbanos o rurales que tienen ciertas características distintivas. El etnólogo no viaja más allá de las fronteras, las fronteras son ahora interiores al único sistema. Por este motivo, la misma economía se ha vuelto ecológica o ambiental, lo mismo que la política y la ética, siempre en su doble formato: uno crítico, como ecología política, y otro más estándar, como política ambiental. De un modo u otro, en versión crítica o en versión estándar, ambos enfoques disciplinarios o modos de estar en la vida, saben que somos navegantes de la misma nave. Por esto, la nueva frontera es la frontera de la mediación, del consenso, del acuerdo, de la transacción, de la negociación. Por esto, los desplazamientos de personas en casos de conflictos, los procesos migratorios, y aún los viajes son percibidos más como desplazamientos internos en un mismo lugar común a todos, en una misma nave. Siempre seguimos soñando, sin embargo, con ese espíritu pionero, que nos mueve hacia los viajes espaciales, los deportes extremos, la investigación del cerebro, la física de las partículas, la biología molecular, las nanotecnologías que nos permiten todavía sentirnos como pioneros en *terra incognita*. Sin embargo, sabemos que somos navegantes de la Tierra y en la Tierra. Quizás por este motivo, entre otros, tenemos más conciencia y jurisprudencia sobre ríos internacionales compartidos. Hace apenas 500 años hubiera sido inimaginable un saber de cuencas sobre el río Columbia en el noroeste de América del norte, del río Uruguay en América del sur, del río Mekong en el sudeste asiático, del río Congo en África central, del río Rin en Europa.

Este confinamiento planetario ha llevado a la elaboración del desarrollo sustentable como un complejo entramado de naturaleza y cultura, en términos de ciencia, de ecología, economía, política y ética. Este confinamiento ha modificado la escala de la ciudadanía de la propia *polis* a la de la Tierra. Sin embargo, en contraste con esta ciudadanía generalizada, también hay una fuerte sensibilización con respecto al propio lugar. Esta sensibilidad se expresa en formas de municipalismo, desarrollo local, defensa del propio lugar como comunidad de personas y hábitat físico, un paisaje. Esta misma sensibilidad se expresa en las ciudades; a veces como escapismo al suburbio porque no se sabe bien dónde está la naturaleza. De esta sensación de estar habitando un mundo confinado donde un CEO puede tener que dar vuelta al planeta varias veces al año, fue surgiendo cada vez más la concepción de la Tierra como un vasto sistema que, en vertiente científica se lo llama ciencia del sistema Tierra (*Earth System Science*) y, en una versión más popular se lo reconoce como *Gaia*, y adopta algunos elementos pseudoreligiosos con visos panteístas, que no conciben con su autor, Lovelock. Esta postura supone la negación del necesario orden de lo político en cuanto tal y la ilusión de que la sociedad puede subsumirse moralmente, es decir por elección, en el orden de la naturaleza.

2. El olvido de la creación

La recepción en la Iglesia de esta cuestión se verifica en particular en la encíclica *Centesimus Annus*, que celebra los cien años de magisterio social de la iglesia. Allí Juan Pablo II aboga por una ecología

no sólo natural en cuanto referida a los ecosistemas, sino también por una ecología social y humana. Luego, en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia se adopta con claridad una postura que no es ni antropocéntrica ni biocéntrica, es decir, ni el hombre puede disponer a su antojo de los recursos naturales ni debe resignarse a ser un integrante más de los ecosistemas: está llamado a cumplir su misión de pastor que vela y cuida su rebaño al tiempo que vive de él. En este contexto ecológico, de nave espacial Tierra, de conciencia de estar habitando en un mundo cerrado, hace ya bastante que el actual Papa, por entonces Joseph Ratzinger, en 1981, dedicó una catequesis cuaresmal en su catedral sobre El olvido de la creación. Claro, en Europa ya se estaba produciendo un desplazamiento tectónico de la preocupación por la guerra fría hacia las cuestiones ecológicas como cosa pública social –porque en principio la ecología es una ciencia natural estricta, que demanda resolución de sistemas de ecuaciones y modelización matemática. Por cierto, Ratzinger deseaba recordarnos que el mundo antes que ser creación humana por medio de la técnica es don de Dios al hombre. Por este motivo, se puede hablar de una creación creada, donde el hombre va interviniendo en la naturaleza, y si lo hace según los designios del Creador, entonces su intervención está en consonancia con la naturaleza y más que oponérsele la acompaña en sus procesos. De este estar en consonancia surge la idea del paisaje como una estética donde la sociedad va encontrando los modos más apropiados a su entorno. En el lenguaje de la Doctrina Social de la Iglesia: *“si el hombre interviene sobre la naturaleza sin abusar de ella ni dañarla, se puede decir que interviene no para modificar la naturaleza, sino para ayudarla a desarrollarse en su línea, la de la creación, la querida por Dios. Trabajando en este campo, sin duda delicado, el investigador se adhiere al designio de Dios. Dios ha querido que el hombre sea el rey de la creación. En el fondo, es Dios mismo quien ofrece al hombre el honor de cooperar con todas las fuerzas de la inteligencia en la obra de la creación”* (Compendio, 460).

Esta intención social de estar en consonancia con el entorno, sea este natural, con una intervención mínima y custodiada en enclaves de naturaleza como son los parques nacionales, sea rural, con una intervención fuerte orientada a un fin específico, o urbano, donde la intervención ya ha prácticamente reconducido todos los geosistemas en función del hábitat, últimamente recibe el nombre de desarrollo sustentable. Pero cabe preguntarse si es en verdad factible el desarrollo sustentable o es intrínsecamente contradictorio en su misma formulación; o sea, ¿cómo es posible continuar en la misma línea del desarrollo sin agotar los recursos, dado que vivimos en un planeta Tierra limitado? Se puede afirmar que el desarrollo sustentable es justamente la resultante final de un mundo que ya no tiene fronteras más allá de las cuales expandirse (a menos que sea el espacio exterior o la materia viva microscópica). Otra pregunta es si es factible y en qué términos el desarrollo sustentable como parte de una ética ambiental. Aquí hay un salto de la economía y la política a la ética y la cuestión del valor. Luego cabría preguntarse qué aporte -y en qué términos- puede hacer la mirada de la fe al desarrollo sustentable desde la teología de la creación. Finalmente, habría que preguntarse también qué puede significar el desarrollo sustentable en términos de una pastoral social y los desafíos que comporta para la Iglesia.

La antinomia entre materia y espíritu es de cuño gnóstico, no cristiano. La distinción cristiana es entre Creador y criatura. Todo es creado y está dependiendo de Dios para existir. Al recuperar este sentido fundamental de la creación, se puede desarrollar un sentido de respeto porque todo depende del Creador. Además, el Creador es también el Redentor. Por este motivo, la Pascua de Jesús, el Redentor, es también la Pascua de la creación, que mira a *los cielos nuevos y la tierra nueva*. La aceptación de la creación como dependiente de manera absoluta del Creador es lo que facilita la apertura a una verdadera trascendencia. Esta apertura conlleva el sentido de gratitud porque la vida se recibe como regalo. Esto se opone a un mundo percibido como pura autoconstrucción, el mundo como pura tarea del ser humano que puede hacer y deshacer a su antojo. La fe en la Creación significa aceptar el mundo como regalo del Creador, no sólo como algo que es puro consenso entre partes que negocian los términos de una intervención en función del máximo beneficio posible (antropocentrismo) ni el mundo como algo divino en sí mismo (biocentrismo). El olvido de la Creación es notorio aun en medio una cuestión ambiental que ya está ampliamente reconocida en la opinión pública. Quizás este

mismo olvido, como una especie de amnesia, toque también nuestro conflicto con el Uruguay. Vivimos en un mundo que se reconoce en estado de transición y hacia un futuro incierto. El hombre de hoy está en un estado de desconcierto existencial; es un hombre que no espera y, por ende, desespera y se sume en el presente, sin seguridades, con incertidumbre. Sin duda, los grandes relatos han caducado en este tiempo de posmodernidad o, según Zygmunt Bauman, de “modernidad líquida”. Nunca antes el ser humano habitó el planeta en condiciones semejantes a las actuales. Un mundo confinado, un mundo en el que tiene que aprender a encontrarse y dialogar multiculturalmente con tolerancia porque no hay ninguna posibilidad de ir a vivir a ningún otro lugar que no sea esta Tierra. La otra opción es seguir levantando muros y aumentar el gasto de seguridad y defensa. Los grandes relatos de la modernidad han caducado. No estaría del todo incorrecto decir que hasta el gran relato cristiano desde el Génesis hasta el Apocalipsis pasando por el prólogo de San Juan también ha caducado o, al menos, parecería haber caído en el olvido.

La co-creación del mundo con el propio trabajo en base a la originaria donación de Dios está en crisis por las transformaciones laborales y porque no se percibe el mundo como don gratuito, sino más bien como mera apropiación y construcción. Por otro lado, las intervenciones propias del hombre en el mundo han dejado de estar en línea con la naturaleza y han producido saltos cualitativos de impredecibles consecuencias. El ser humano se siente extraño en el contexto ambiental que vive. Su casa no es más su hogar. A menudo se siente desterrado. Sin duda, el hombre tiene la capacidad de ejercer un dominio de la Tierra. Sin embargo, ante los acuciantes problemas ambientales, como el calentamiento global, no basta con el razonamiento moral de que la técnica puede ser empleada como progreso o retroceso. La capacidad de acogida de la Tierra, del ambiente como casa, como lugar de vida, está en contradicción con el ambiente como mera cantera de recursos a disposición de la avidez humana. Esta avidez parece estar potenciada por el paradigma mecanicista de la naturaleza y su realización más inmediata que es una mentalidad de no reconocerse como criatura. No obstante, para oponerse a este desorden aparece plausible adherir a la tendencia de sacralizar el mundo natural.

La aceptación de la Creación no es un instrumento capaz de resolver *ipso facto* los problemas sociales. Se trata más bien de una orientación de la inteligencia y la voluntad que aspira a tener una mirada trascendente de la vida, sin una ideología cerrada. La mirada del mundo como Creación facilita la recepción de la vida de manera integral, sin sesgarla. Pero, como vivimos en una vorágine de epistemología constructivista, ya nada es don, recepción, acogida, sino que lo jurídico, lo económico, lo político, lo social y lo simbólico se construyen por un puro consenso de partes que negocian beneficios y que dura brevemente. Una epistemología de lo efímero. Una lectura del libro de la Creación referido al problema de las pasteras, antes que nada, reconoce nuestra responsabilidad, es decir, nuestra libertad para decidir y obrar. Además, como el ambiente es uno de esos bienes que los mecanismos de mercado por sí solos no son capaces de defender o de promover adecuadamente, el reconocimiento de la Creación que depende de un Dios creador ayuda a acoger al ambiente como un bien colectivo y su tutela corresponde a todos y a los estados, considerando la dimensión transfronteriza y global de los procesos socio-ambientales. Asimismo, ayuda a respetar la integridad y ritmos de la naturaleza para el desarrollo solidario, lo cual requiere introducir los costos ambientales y “promover el ambiente como casa y recurso a favor del hombre y de todos los hombres” (CDSI, 465). De este modo, la justicia social es al mismo tiempo justicia ecológica. Luego, toda esta problemática debe ser traducida al ámbito jurídico y le corresponderá al Estado su tutela. Esta tarea en parte ya está realizada. Lo que no queda clara es la vocación por recepcionarla y aceptarla con los límites que impone al quehacer humano. Está claro el derecho a un ambiente seguro y saludable. Sin embargo, las normas jurídicas no bastan. Es necesario, además de la responsabilidad, una conversión del corazón, el cultivo de la sobriedad y la templanza, la prudencia y la fortaleza. El desafío de las pasteras ha suscitado diversas cuestiones que estaban latentes desde hace tiempo en la vida política de nuestro país. A las diversas perspectivas enunciadas en estos largos meses, no parece una cuestión menor la consideración de la perspectiva religiosa. Esta perspectiva tiene un sentido amplio y uno estricto. La religiosidad en sentido amplio significa la experiencia de vincularse con un contexto mayor que el propio yo y el entorno que constato

como próximo e induce a una vivencia relacional de la vida como un valor y como un todo ecosistémico que desborda la frágil frontera de encierro en mí mismo. Es la apertura reverencial a la vida como un todo del cual formo parte. Este valor religioso de estar imbricado en un entramado de relaciones no necesita mayor afinación. Este todo me envuelve y me compromete con mi entorno inmediato y mediato. En general, los movimientos ambientalistas tienen esta faceta que bien podemos llamar espiritual. En sentido estricto, está la mirada que proviene de creer en un Dios creador, providente y redentor. Esta perspectiva nos abre a la recepción del mundo como don, como regalo de Dios. Al mismo tiempo, este asentimiento conlleva la vigorosa conciencia del propio ser como creado y de la participación en la construcción del mundo por medio del trabajo como una intervención participada en la originaria creación de Dios. Por lo tanto, "la visión cristiana de la creación conlleva un juicio positivo sobre la licitud de las intervenciones del hombre en la naturaleza al mismo tiempo que comporta una enérgica llamada al sentido de la responsabilidad" (CDSI, 473). Está bien que el hombre intervenga en la naturaleza ya que el es al mismo tiempo *parte de* y *distinto de* ella. Esta intervención que ha creado paisajes rurales y urbanos muy diáfanos es posible porque, si bien la naturaleza es como un sacramento, "la naturaleza no es una realidad sagrada vedada a la acción humana, es un don entregado por el Creador a la comunidad humana confiado a su inteligencia y responsabilidad" (DSI, 473). Por ende, el hombre por medio de su entendimiento y voluntad está capacitado para intervenir lo natural, lo rural y lo urbano, respetando el orden, la belleza y la utilidad de cada ser y su función en el ecosistema. Este respeto de la Creación sólo es posible si el hombre inhibe su soberbia y con humildad desarrolla una actitud de gratitud y reconocimiento; es decir, de contemplación, estableciendo una relación comunicativa con el entorno que ya no es sólo una cantera de recursos (pensemos no sólo en los ríos y sus riberas, sino también en los campos y los pueblos y en las ciudades y sus edificios y barrios), sino que es un lugar teológico donde "se puede captar su significado evocativo y simbólico y penetrar el horizonte del misterio que abre paso a Dios". Así, la opacidad del mundo se clarifica como huella o vestigio de la potencia creadora, providente y redentora de Dios. Aquí está el hondo significado de toda geografía, el hacer de la tierra una morada para el hombre, el lugar donde el hombre habita poéticamente, al decir de Hölderlin y de Heidegger, abierto a la duración del ser, no sólo sumergido en el hacer a corto plazo.

Crear en un Dios creador significa que el mundo es Creación y es don, es algo dado por Alguien para algo. El mundo, con su historia evolutiva de 15.000 millones de años y de la cual nosotros somos parte integral, nos es dado por Dios y en El se conserva y se abre al futuro de una finalización que se espera como plenitud. El tiempo de la espera esperanzada es el tiempo del trabajo que invita a los seres humanos en sus culturas a cultivar el mundo, a domesticarlo, a habitarlo, a hacer morada en él. De esta manera, el ambiente es recepcionado no sólo como recurso, sino en primer lugar, como casa, morada, hogar, tierra donde es posible ser humano. Pero esta doble promoción del habitar y del vivir requiere una delicada sabiduría. Esta sabiduría requiere tanto de una ecología ambiental como de una ecología social y humana que no rechace el concepto de Creación; que no se desligue de toda referencia a la trascendencia. No es ni ecocéntrica o biocéntrica ni antropocéntrica, que son formas auto-referenciales o immanentistas. En efecto, del respeto a la Creación brota el reconocimiento de la primera y originaria donación de Dios, donde el trabajo que se expresa también a través de la técnica, la ciencia y el arte, reflejan una intervención creciente para ayudar, cuidar y acompañar a la naturaleza, el campo y la ciudad a desarrollarse según su propia modalidad. En el sentido de Heidegger, el hombre se hace pastor del ser, se sabe cuidado y al mismo tiempo es capaz de cuidar. Esta actitud interior remite a no utilizar impunemente los seres vivos o inanimados. Todos dependen unos de otros y hay que respetar tanto la mutua conexión como la naturaleza de cada ser. Este refrenamiento solicita al principio de precaución, el cual no comporta la aplicación de una regla sino una orientación para gestionar situaciones de incertidumbre: incluida la decisión de no intervenir. En general, la EIA (Evaluación de Impacto Ambiental) no tiene en cuenta la no intervención. Una vez que un emprendimiento ya está decidido, la EIA sólo estudia cómo mitigar los efectos socio-ambientales negativos durante la ejecución y operación de la obra. Heidegger, que supo reflexionar en torno a la

técnica, enseña a percibir la presencia de un producto nuevo como una reconfiguración de la existencia que se abre a nuevas perspectivas. La intervención humana no es sólo una mediación en el orden de lo ético como buena o mala, sino en el orden del ser, de la reconfiguración de la existencia humana, de la morada, del habitar en la tierra. Por otro lado, la incertidumbre y provisionalidad del saber hace necesario enfatizar el principio de precaución, es decir que ante la incertidumbre es preferible no intervenir y acentuar la transparencia en la toma de decisiones. Sin embargo, la tendencia sigue siendo contraria. Las Evaluaciones de Impacto Ambiental sólo son modos de mitigar lo que ya está decidido porque es conveniente de acuerdo a los mecanismos de mercado.

Finalmente, recordar la Creación del Creador facilita la espera en el mundo donde habite la justicia, donde los vínculos con Dios y con el entorno y los vínculos entre nosotros estén reconciliados. Ya desde ahora se tiende a este mundo justo mediante el desarrollo solidario con un comercio internacional de vínculos justos que sepa atender las necesidades del propio territorio y población y con una atención inteligente y una gestión diligente de los riesgos.

3. ¿Qué nos motiva?

Este año la Comisión continuará su tarea de difundir la problemática ambiental como parte de la pastoral social y como una dimensión significativa de la teología y de la catequesis. Es decir que la dimensión socio-territorial y socio-ambiental esté ampliamente difundida y con un espacio reconocido en nuestra conciencia de iglesia diocesana en la ciudad Buenos Aires y parte integral de la Región Metropolitana. Por otro lado, que la iglesia tenga una palabra clara en este tópico, desde la perspectiva de la Teología de la Creación y de la Teología Moral, en particular la DSI cuyo compendio le dedica un capítulo especial. Además, también nos ocupamos del diálogo ciencia y fe y con otras religiones que también comparten esta preocupación y del diálogo con la sociedad civil en general. En otras palabras, que esta dimensión sea un modo de diálogo fecundo con la sociedad, que la Iglesia sea un interlocutor válido en esta dimensión medioambiental que tiene tanta significación como signo de los tiempos. En este aspecto, en particular, tenemos que tratar de integrarnos a la Pastoral Universitaria. Así la Comisión se ha ido configurando como un lugar de encuentro y diálogo para los creyentes que están a su vez interesados en esta problemática. En resumen, nuestros objetivos hacia adentro son (1) de sensibilización y (2) de reflexión y acción teológico-pastoral; hacia fuera de la Iglesia son (3) de diálogo entre ciencia y fe o cultura y fe, (4) de diálogo ecuménico e interreligioso y (5) de diálogo con la sociedad civil.

Con respecto a los dos primeros: las tareas de la Comisión tienen dos ámbitos que están íntimamente vinculados: el de la teología y el de la práctica. En el ámbito de la teología está la primera parte o dogmática que estudia el ser de Dios, del mundo y del hombre y luego la segunda o moral que estudia el obrar humano, siguiendo el principio de que el obrar sigue al ser. El único sujeto propio de moral es el ser humano porque es el ser espiritual, libre y capaz de decidir. Los demás seres, inertes como las rocas y astros y los animados, como las plantas y los animales no poseen un obrar moral. Los animados responden al patrón de estímulo-respuesta. De cómo es Dios en sí mismo, uno en esencia y trino en personas, trata la parte de Dios *ad intra*. La otra parte es sobre Dios *ad extra*, es decir, el obrar de Dios, cómo es Dios hacia fuera. De este obrar de Dios, nosotros podemos vislumbrar algo de su ser íntimo.

Dios está creando, redimiendo y santificando. La creación no es algo que ocurrió allá lejos y hace tiempo, sino que sigue aconteciendo, ya que Dios mantiene todo en el ser, hace que exista. Por eso no es del todo apropiada la expresión "Dios creó" si sólo nos quedamos con ella. Es como si nos quedáramos sólo estancados en el Génesis, cuando en realidad estamos invitados a pasar por el Éxodo, los Profetas, la sabiduría, los evangelios, las cartas de San Pablo hasta el Apocalipsis y luego retornar del Apocalipsis hacia el Génesis que ya no es tanto lo que estaba antes sino lo que va a venir después. Al "Dios creó" hay que agregarle el "Dios está creando" (y redimiendo y santificando) y llevando a plenitud su obra en el mundo en la escatología, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva. En

este sentido, el panenteísmo, bastante en boga hoy día, es más propio de la escatología realizada, cuando Dios sea todo en todos. Como dice el visionario de Patmos, que vi a la Ciudad Santa, la Nueva Jerusalén que descendía del cielo adornada como una esposa para su esposo, y en ella no había templo porque el templo era Dios mismo.

En cuanto a la segunda parte, está la teología moral que se ocupa del obrar humano en su relación con Dios y con el mundo. Si la dogmática tiene su centro más propio en Dios, la moral tiene su centro más propio en el hombre, pero siempre en relación a Dios y también como corolario del acto creador, en relación con el mundo. En cuanto al obrar están en primer lugar la consideración de las virtudes. El hombre es un ser virtuoso, en quien Dios infunde su fe, esperanza y caridad. Luego están las virtudes naturales, ya esbozadas por los griegos, como la fortaleza, la justicia, la templanza y la prudencia. ¿Es necesario enfatizar una conversión ecológica cuando somos invitados a vivir de esta manera? Moderados en el comer y beber, sobrios. Hasta la persona más promiscua sabe que no está viviendo bien, lo cual deja traslucir la virtud de la castidad. Con esta mirada uno puede darse cuenta de que hay discursos ecologistas de baja calidad, así como los hay de media y buena calidad. Esto tendrá mucho que ver con la ética ambiental. La liturgia la iglesia tiene asumida la relación de Dios con el hombre y el mundo en la Plegaria Eucarística IV, donde se parte de Dios mismo que está habitando en una luz inaccesible y se va recorriendo toda la creación, empezando por los ángeles. El Padre nuestro contiene todo lo necesario para relacionarme con Dios, con el mundo y los demás seres humanos. El así llamado Padre nuestro ecológico puede ser un ejercicio necesario para nuestra época, pero no pasa de ser un ejercicio. En cuanto a la espiritualidad, la cuestión del medio ambiente está muy bien recepcionada, ya que no hay publicación periódica sobre el tema en inglés, italiano, francés y alemán, que son las cuatro lenguas principales, además del español, donde no se mencione algún tema relacionado con esto. Por ejemplo, el año pasado leí un artículo de una monja carmelita que comparaba la vida espiritual en el monasterio con el *compost* que hacían en la huerta. Leonardo Boff merece un comentario, ya que su cuño católico y franciscano muestra el paso de una ocupación de cuestiones propiamente sociales desde el marxismo hacia cuestiones relacionadas con el medio ambiente, llegando ahora a una especie de espiritualidad difusa, que raya más el panteísmo que una clara distinción de Creador y creatura, casi diría una espiritualidad de tipo *New Age*. La tarea de la teología moral se expresa con mayor claridad en la DSI. La DSI muestra claramente el paso del "contrato social" con la primera encíclica de 1891 la *Rerum Novarum* de León XIII y 100 años después en la encíclica *Centessimus Annus* de Juan Pablo II ya está claramente formulada la cuestión ecológica, pasando por esa gran encíclica de Pablo VI, la *Populorum progressio*. El catecismo merece un comentario aparte ya que el reflejo de toda esta tarea teológica de la iglesia a través de los siglos está reflejado en el catecismo, donde se habla con toda claridad del Creador y de la creación y cómo debemos relacionarnos con ella y entre nosotros.

Hasta aquí la teología de la iglesia. Luego tenemos la parte más práctica. En la práctica institucional, a través de la Comisión de Justicia y Paz, el Vaticano ha participado en las conferencias internacionales y ha ido expresando su parecer que está cristalizado en la sección teológica anterior. Pero el gran desafío está en la práctica ordinaria. En general, en las parroquias no hay una clara conciencia de esto, a menos que sí se interesen algunas de las personas que componen la feligresía. En general, las parroquias, así como las personas, adolecen de los mismos defectos de un discurso ecologista reducido a su mínima expresión, a educación, como si no hubiera bastante en la primaria, algo en la secundaria, pero el desafío está en la universitaria, educación, basura, soja, ballenas. Lo mismo se puede decir a nivel diocesano. En general, sigue teniendo mucho peso lo político como contrato social, en el sentido restringido y amplio del término; como lo que publican los medios y como lo entendían los griegos, como cosa social. La catequesis merece un tratamiento distintivo, ya que en general, la parte de la creación se enseña como algo lejano en el tiempo, como si Dios, el Creador, estuviera desentendido de la creación y ahora sólo estuviera ocupado en redimir y santificar. Además, en la práctica de la confesión de los niños, en los exámenes de conciencia preparatorios a la primera comunión, ya hay una pregunta al final de la relación con los demás, sobre el cuidado de la naturaleza.

4. ¿Dónde estamos?

La Comisión forma parte de la pastoral orgánica de la Arquidiócesis de Buenos Aires. Fue creada en 1992. La responsabilidad por su desempeño la recibió con nombramiento oficial el abajo firmante en el 2004. Desde entonces se realizaron tres cursos sobre teología y ecología (2004.5.6), tres jornadas de pastoral sobre el medio ambiente (2004.5.6), dos participaciones en las Jornadas de Pastoral Social (2005.6), un ciclo de encuentros de reflexión y celebración (2006), una lectura grupal del capítulo X del CDSI (2006). En el 2005 hubo un curso con un enfoque histórico de lectura y comentario de textos sobre el tema territorio y ambiente y espiritualidad y ambiente desde los Padres de la Iglesia hasta el presente; y a fin del año pasado iniciamos un grupo de estudio. Además de los encuentros mensuales, la jornada y el curso, estamos proyectando un retiro para este año. Nuestro foco de interés es el territorio de nuestra ciudad de Buenos Aires, nuestra diócesis como medio ambiente urbano, como una geografía urbana que es muy rica por el río y su geomorfología ribereña, la red hidrológico-pluvial y todo el medio físico construido en sus dos paisajes, el río y la pampa, más el delta, que corresponde a otras diócesis. Asimismo, en esta actuación se han nutrido y fortalecido vínculos y grupos que ya no guardan referencia a esta Comisión, aunque sí una cierta expectativa de colaboración. En este sencillo espacio de actuación hubo aciertos y errores y seguramente se fueron creando expectativas, dudas y escepticismos. Por esto, es importante la participación de quienes perciben la importancia de este "signo de los tiempos" que Dios nos invita a leer con cuidado y sienten la vocación para servir en la Iglesia de Buenos Aires desde esta dimensión socio-ambiental tan importante de la vida actual de nuestra ciudad, nuestro país y el mundo. Además, por esto necesitamos crecer en el ejercicio del diálogo que permita no sólo el aporte y el intercambio de conocimiento, sino fundamentalmente el discernimiento.

5. ¿Cuál es nuestro lugar en la diócesis?

Ya desde la primera jornada del 2005, los que fuimos participando nos consideramos también como nuestra Iglesia diocesana "en estado de asamblea", lo cual supone un camino espiritual de discernimiento. En los encuentros no nos vamos a encontrar con un "producto acabado"; sino con un espacio de evaluación para poder ir configurando la tarea de sensibilizar a la comunidad eclesial sobre la temática ambiental y su importancia en la pastoral social y en el quehacer teológico; y "hacia afuera" como diálogo entre ciencia y fe, con las iglesias cristianas y no cristianas y con la sociedad. Este año la Comisión continuará su tarea de difundir la problemática ambiental como parte de la pastoral social y como una dimensión significativa de la teología y de la catequesis. Por otro lado, también nos ocupamos del diálogo ciencia y fe y con otras religiones que también comparten esta preocupación. Nuestro foco de interés es nuestra ciudad de Buenos Aires, nuestra diócesis como medio ambiente urbano, como una geografía urbana que es muy rica por el río y su geomorfología ribereña, la red hidrológico-pluvial, todo el medio físico construido, etc. Ya hemos organizado tres Jornadas sobre el tema de pastoral social y medio ambiente y tres cursos de Teología y Ecología. Además, estamos proyectando un retiro para este año y participar en la Jornada de Pastoral Social.

Por último, la Comisión se ocupa de Buenos Aires y de su entorno natural y rural. Hay que mirar el ámbito del mundo como formado por ecosistemas y paisajes. Los paisajes expresan distintos grados de intervención. Así, por ejemplo, hay paisajes naturales, rurales, urbanos e industriales. Un paisaje natural como el Parque Nacional Reserva Otamendi, que está a 60 km de aquí, ya no hace falta recorrer 2000 Km. para estar en un Parque Nacional, es un paisaje natural entre comillas, porque está sostenido como paisaje natural por decisión de delimitarlo y lo pagamos con nuestros impuestos. Luego hay paisajes rurales y urbanos que tienen un grado más fuerte de intervención; entre ellos está el peri-urbano, una franja que requiere cada vez más atención. Por último los paisajes industriales, originalmente asociados a puertos pero ahora no necesariamente, debido a los parques industriales y a

las zonas francas. Estos paisajes expresan una relación entre territorio e historia y los grados de intervención son formulaciones de la cambiante relación entre lo político y lo ecológico, entre la geografía física y la geografía humana. Estuvieron separados, distantes, en la época cuando importaba el contrato social, luego lo ecológico quedó subsumido en lo político; ahora, lo ecológico parece tratar de absorber lo político. Sin embargo, habría que tender a una integración del orden de la *polis* y del *oikos*, guardando las diferencias pero en clara integración o encuentro. Esta relación, la Comisión trata de verla, evaluarla y llevarla a la práctica a través de un ciclo anual de celebraciones. El cronograma de encuentros de reflexión, diálogo y celebración para este año es el siguiente:

- Sábado 10 de marzo. EAC. Pastoral, Creación, Medio Ambiente y Catequesis (Colegio La Salle)
- Lunes 23 de abril. Día de la Tierra. Pascua de Jesús, Pascua de la Creación.
- Martes 15 de mayo. San Isidro Labrador. La relación campo-ciudad.
- Martes 5 de junio. Día Mundial del Medio Ambiente. El desafío urbano-ambiental.
- Miércoles 11 de julio. San Benito. La ciudad como lugar.
- Miércoles 22 de agosto. María Reina y Señora de todo lo creado. María y la ciudad.
- Martes 11 de septiembre. Mes del árbol y los espacios públicos verdes.
- Jueves 4 de octubre. San Francisco de Asís. Medio ambiente urbano y otras religiones.
- Lunes 12 de noviembre. San Martín de Tours. Lo urbano-ambiental como pastoral social.
- Miércoles 12 de diciembre. Virgen de Guadalupe. El tema ambiental en la V Conferencia del CELAM.

Siempre cierran nuestros mensajes de difusión esta frase que parafrasea una frase del P. Lorenzo Esteva, director espiritual del Seminario de Villa Devoto durante muchos años: “que nuestra ciudad sea un lugar donde Dios habita y Cristo actúa.”

Bibliografía

- Aber, John. (2001) Reaching Scientific Consensus and Informing Public Policy. *BioScience*, September 2001, Vol. 51 No. 9: 699.
- Aber, John and Melillo, Jerry M.. (2001) *Terrestrial Ecosystems*. 2nd, San Diego, Harcourt.
- Bautista, Gabriel F. (2006) Doctrina Social de la Iglesia: ¿una forma de ecología política? *CIAS*. Año LV, N° 556-557, Julio-Agosto 2006: 483-491.
- Bautista, Gabriel F. (2002) *Issues and Methods in Ethnographic Research in Education. Papers*. University of New Hampshire, Department of Education, Education 982, Prof.: Tom Schram.
- Boff, Leonardo. (1997) *Ecología. Grito de la Tierra. Grito de los Pobres*. Madrid, Trotta.
- Boulding, Kenneth. (1966) *The economics of the coming spaceship earth*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2005) Buenos Aires, CEA.
- Crotty, Michael. (1998) *The Foundations of Social Research. Meaning and perspective in the research process*. London, SAGE Publications.
- Dobson, Andrew, ed. (1999) *Pensamiento verde: una antología*. Madrid, Trotta.
- Heidegger, Martin. (1977) *The Question Concerning Technology and other essays*. New York, Garland Publishing Inc.
- (1971) *Poetry, Language, Thought*. New York, Harper & Row.
- Nouwen, Henri J. (1998) *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*. Madrid, PPC.
- Ratzinger, Joseph. (2001) *En el principio creó Dios. Consecuencias de la fe en la creación*. Valencia, Edicep.



IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar